

Ryan Gingeras

Los últimos días del Imperio otomano



Galaxia Gutenberg

RYAN GINGERAS

Los últimos días
del Imperio otomano

Traducción de
María Luisa Rodríguez Tapia

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *The Last Days of the Ottoman Empire, 1918-1922*

Traducción del inglés: María Luisa Rodríguez Tapia

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.^a
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2023

© Professor Ryan Gingeras, 2023

Publicado originalmente por Allen Lane, un sello editorial de Penguin Press.
Penguin Press forma parte del grupo editorial Penguin Random House.

© de la traducción: María Luisa Rodríguez Tapia, 2023

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2023

Preimpresión: Jordi Sánchez
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 16453-2023
ISBN: 978-84-19738-11-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

Mapas	9	
Introducción	17	
Preguntas sin responder: ¿qué ocurrió exactamente entre 1918 y 1922?	23	
El fin del Imperio otomano y el problema de las fuentes	28	
1. «Nuestras políticas han fracasado»: el Imperio otomano en 1918		41
Males imperiales y preguntas nacionales: el Imperio otomano entra en el siglo XX	42	
Una cultura de reformas: la política de Estado y nación en el último periodo del Imperio otomano	53	
Los Jóvenes Turcos en el poder, 1908-1914	65	
La Gran Guerra y la derrota de los otomanos	80	
2. «Una comedia de desconfianza mutua»: los aspectos políticos de la rendición y la ocupación		93
La construcción de la paz: el Imperio otomano a la sombra de Versalles	96	
Restauración y venganza: la crisis de liderazgo de Estambul	108	
«Perros y chacales»: la sociedad otomana tras el armisticio	118	
3. Se reanuda la guerra: orígenes y consecuencias del renacimiento del Imperio otomano		137

«Lucharemos como carneros»: los orígenes del Movimiento Nacional	142
«Por voluntad nacional»: empiezan los combates	152
«Fe en mi pecho, el Corán en mi lengua y un decreto en mi mano»: el ascenso de la oposición antinacionalista	164
4. Hacia un Estado soberano: la política de consolidación en las tierras otomanas	179
«No necesitamos su civilización»: el Movimiento Nacional pasa a la ofensiva	184
«Las joyas más brillantes de la corona otomana»: el Movimiento Nacional y el destino de las tierras árabes	208
5. «Más allá del desprecio»: un año fatídico de protestas, atrocidades y combates	231
«El peligro de Asia»: la política mundial durante los últimos años del Imperio otomano	237
La marea final: las luchas de 1921	257
6. «Un nuevo tipo de turco»: los últimos días del Imperio otomano	275
«Que arda y se desmorone»: la disolución del imperio	283
Lecciones aprendidas y desaprendidas: la larga sombra del Imperio otomano	294
Agradecimientos	309
Notas	311
Bibliografía	339
Créditos de las ilustraciones	355
Índice onomástico y temático	357

Introducción

En la última semana de octubre de 1918, todo hacía pensar que la Gran Guerra se acercaba a su fin. De todas partes llegaban noticias de acontecimientos dramáticos. Desde principios de mes, las fuerzas aliadas habían avanzado sin cesar en todo el frente de Flandes. Con las tropas alemanas en retirada hacia Bélgica, el káiser Guillermo II respaldó los esfuerzos por conseguir un armisticio con los Aliados. Erich Ludendorff, que había estado al mando del ejército alemán durante gran parte de la guerra, dimitió, indignado, a finales de mes. Aunque el propio Ludendorff y otros generales de alto rango estaban dispuestos a «luchar hasta derramar la última gota de sangre», otro tipo de amargura bullía en las filas alemanas.¹ Antes de que finalizara octubre, los soldados amotinados tomaron las calles de Berlín para pedir el fin del gobierno de Guillermo. También hubo focos revolucionarios similares en el sur, en las tierras de los Habsburgo. Y en Viena, el día 30, miles de soldados desmovilizados se unieron a los manifestantes para exigir la abdicación de la familia real. Los acontecimientos se precipitaron aún más en Budapest. Allí, los legisladores ya habían empezado a trabajar para desvincularse de la corona de los Habsburgo. Mientras Hungría avanzaba dando tumbos hacia la independencia, el separatismo había echado raíces en Polonia y Checoslovaquia y entre los eslavos del sur. En Bulgaria, la menor de las Potencias Centrales, reinaba la incertidumbre política. Después de abandonar la guerra a principios de mes, los campesinos y los soldados se sublevaron a las afueras de Sofía, la capital, y obligaron al zar Fernando a abandonar el trono.

Fue el 30 de octubre cuando el Imperio otomano, el miembro más oriental de las Potencias Centrales, admitió su derrota. Al igual que otros miembros de la Alianza, hacía tiempo que la suerte había abandonado al imperio en el campo de batalla. A principios de septiembre, las fuerzas británicas habían derribado las defensas otomanas a las afueras de Nablus, en Palestina. Durante las semanas siguientes, la

huida del ejército otomano hacia el norte, a través de Siria, acabó en una derrota. Después de tomar Damasco, las tropas británicas avanzaron hacia Alepo y tomaron la ciudad tras un breve combate. La desintegración de las fuerzas otomanas en el Levante acentuó la desesperación en Estambul. Para algunos altos cargos, el horizonte parecía oscuro ya desde mucho antes de que terminase el verano. La propia capital estaba al borde del caos. Los alimentos básicos escaseaban desde hacía tiempo. Las reservas de combustible de todo tipo estaban racionadas y los cortes de electricidad eran frecuentes. Los habitantes de la ciudad se disputaban los recursos existentes con decenas de miles de refugiados de guerra. Estambul –reconoció un ministro en su diario– estaba «completamente sucia, como una cloaca abierta que se desborda por todas partes». Pero la anarquía y el pillaje que imperaban en el campo eran las pruebas que delataban la verdad irrefutable. «El gobierno –admitió el ministro– no tenía ya ninguna influencia ni dignidad».²

Sin embargo, con la firma de un armisticio a finales de octubre, el gobierno imperial no mostró señales de que temiera una revolución o la disolución. En unas declaraciones hechas a la prensa al día siguiente de que el imperio se rindiera, el negociador jefe de Estambul dijo que regresó a la capital con alegría y orgullo, no con tristeza. «Los derechos de nuestro país –proclamó– y el futuro del sultanato están totalmente a salvo gracias al armisticio firmado». La delegación británica había afirmado públicamente que no pretendía destruir la nación. Tampoco, aseguró a los periodistas, ningún ejército extranjero ocuparía la capital. «Sin duda –exclamó–, el armisticio que hemos firmado supera nuestras esperanzas».³

No obstante, a medida que pasaban los días, muy pocos conservarían ese optimismo. Una semana después del armisticio, el gobierno en funciones se disolvió tras consultar con el sultán. El gran visir, el principal cargo civil del país, dimitió al mismo tiempo que el único partido político del imperio acordó disolverse. Tras una década en el poder, la caída del Comité de Unión y Progreso desgarró el entramado político otomano. El férreo dominio del CUP –o los Jóvenes Turcos, como se los solía llamar– había polarizado durante mucho tiempo el Estado y la sociedad. Durante sus diez años en el poder, el CUP había luchado y perdido tres guerras y había incitado a todos los disidentes a la clandestinidad. Los líderes de los Jóvenes Turcos habían llegado al poder en 1908 defendiendo los principios de libertad e igualdad

ante la ley. Una década más tarde, el CUP había arrebatado metódicamente sus derechos a una enorme cantidad de ciudadanos, en su mayoría cristianos, y en ese proceso murieron asesinados cientos de miles de personas. Con el partido desaparecido y sus líderes exiliados, las dudas y los resentimientos pesaron sobre la capital. En contra de lo que se había asegurado, a mediados de noviembre llegaron a Estambul los primeros contingentes de un ejército de ocupación. La perspectiva de la capital ocupada –recordaba después un alto funcionario– dejó al descubierto una profunda fractura en la sociedad. En Beyoğlu, el histórico barrio extranjero de la capital, la aparición de barcos británicos y franceses atracados frente a la costa se acogió con enorme entusiasmo. «Todas las casas, tiendas, hoteles y restaurantes se engalanaron como si se tratara de una gran celebración», recordaba el funcionario. En lugar de lamentar la inminente ocupación, los habitantes de la zona, en su mayoría cristianos, recibieron la presencia de británicos, franceses y griegos como un momento de redención; por el contrario, el ambiente en el resto de la ciudad no podía ser más sombrío. En barrios predominantemente musulmanes como Eminönü, Topkapı y Eyüp, las calles estaban indudablemente oscuras y vacías. Salvo por «los maullidos de los gatos hambrientos y los ladridos desesperados de los perros callejeros», apenas se oían voces. En medio de un clima húmedo y rodeados de familias afligidas, el funcionario y otros como él se quedaron «temblando, con una sensación de catástrofe y duelo».⁴

Imágenes como esta se suelen interpretar como los últimos coletazos de vida del Imperio otomano. Las explicaciones de la caída de 1918 tienden a hacer hincapié en algo que parece evidente: el Estado otomano estaba llegando a un final propio de su época. Todas las antiguas casas reales de Europa del Este –los Románov, los Habsburgo y los Hohenzollern– acabaron expulsadas del poder antes de que terminara el invierno de 1918. Se palpaba la revolución a medida que los nuevos Estados fueron ocupando su lugar. Se instauraron repúblicas que abogaban por la voluntad nacional. Con todo lo que había sucedido y lo que estaba por suceder, el 30 de octubre de 1918 parece una fecha apropiada para delimitar las últimas horas del Imperio otomano.

Es igualmente tentador ver la caída del Imperio otomano como un hecho largamente esperado. Hacía varias generaciones que los comentaristas europeos hablaban de la desaparición del imperio como una perspectiva posible, basada en lo que parecía una *longue durée*, mar-

cada por el desastre. Para algunos, la caída del Estado otomano había empezado con su derrota a las puertas de Viena en 1683. La oportuna llegada de una columna polaca de socorro a las afueras de la capital de los Habsburgo en septiembre obligó a los otomanos a emprender una retirada de la que nunca se recuperaron del todo. Durante todo el siglo XIX, los estadistas y periodistas europeos predecían con regularidad la desaparición de Estambul. La evidencia, según las épocas, era tan clara como el agua. A comienzos del nuevo siglo, el imperio seguía cediendo territorio en tres continentes, Europa, Asia y África. Estambul tenía dificultades para sofocar los disturbios dentro de sus fronteras. El tesoro público oscilaba entre la austeridad y la bancarrota. En opinión de muchos observadores, esta larga lista de fallos fue lo que llevó, en 1918, a los otomanos al borde del abismo.

Sin embargo, considerar la caída del Imperio otomano como algo inevitable significa pasar por alto una serie de hechos que indicaban lo contrario. A pesar de décadas de contracción territorial, la legitimidad de la familia real otomana permanecía notablemente intacta. Los ciudadanos de todo el imperio siguieron respondiendo a los llamamientos del ejército pese a los reiterados reveses de la guerra. El apoyo popular y de las élites a la monarquía se afianzó especialmente con la expansión del nacionalismo. El nacionalismo otomano, tal como lo concebían muchos ciudadanos, resultó ser lo suficientemente flexible como para captar su lealtad. No era necesario hablar turco, la lengua franca del Estado, para aceptarla como lengua común de la nación. Los albaneses, árabes, armenios, turcos, griegos y búlgaros demostraban a menudo su entrega a la supervivencia del imperio a pesar de las discrepancias sobre muchas cuestiones, del mismo modo que los pueblos de distintas religiones podían abrazar al sultán en su doble condición de soberano de las tierras otomanas y califa del mundo islámico. En la Gran Guerra, los ciudadanos musulmanes, cristianos y judíos mostraron su voluntad común de luchar y morir en lo que el gobierno del sultán calificaba de yihad contra los enemigos del islam. Por supuesto, la guerra y la inseguridad minaron la confianza de muchos ciudadanos en los años anteriores a 1918. Es innegable que muchos antiguos ciudadanos contemplaban la posibilidad de la disolución del imperio. Y también es cierto que muchos otomanos maldecían a su gobierno por males diversos, incluidos actos de violencia contra ellos. Sin embargo, al examinar con detalle la historia del imperio hasta el final de la Primera Guerra Mundial, llama la atención la resistencia

del Estado otomano y la durabilidad de su legitimidad a ojos de su diversa ciudadanía.

Aun así, no podemos olvidar el hecho fundamental de que el Imperio otomano acabó cayendo. Una historia que suele contarse como un relato grandioso, que abarca décadas e incluso siglos. En esta versión tradicional, los acontecimientos posteriores a 1918 suelen presentarse como un epílogo. La Gran Guerra parece que emitió el veredicto final sobre la viabilidad del Estado otomano. Con la pérdida de sus provincias árabes y levantinas, no quedaron en su poder más que Asia Menor y una pequeña parte de la Tracia europea. Ni el sultán ni sus más estrechos partidarios opusieron demasiada resistencia a las demandas constantes de los Aliados. Pero la conformidad de Estambul resultó decisiva para que la creación de un nuevo Estado, la República de Turquía, ocupase el lugar del imperio. La fundación de Turquía, nacida después de la aparición de los Estados-nación de Europa oriental, se considera a menudo el reflejo de un consenso más legítimo y viable que arraigó en Anatolia. Los acontecimientos ocurridos a partir de octubre de 1918 permitieron que los turcos –el grupo de población que suele considerarse mayoritario en Turquía– formaran un Estado propio. Con el nacimiento de Turquía, los pueblos del exterior de las antiguas fronteras del imperio siguieron adelante tras la caída de los otomanos. El mundo, después del Tratado de Versalles, estaba evolucionando. La historia acabaría demostrando que los imperios, los monarcas y los califas eran reliquias del pasado.

Este libro tiene dos propósitos. En primer lugar, el de poner el foco en la historia de los últimos años del Imperio otomano. En realidad, el otoño de 1918 no culminó con la caída del sultanato otomano, sino que marcó el comienzo de un periodo sumamente complejo de guerras y negociaciones para determinar el incierto futuro del imperio. En los cuatro años posteriores, los oficiales y estadistas imperiales lucharon sin descanso, y contra todo pronóstico, para tratar de restablecer la soberanía y el buen nombre del imperio. En 1922, la importancia de esta campaña ya no se limitaba a los confines de las tierras menguantes del sultán. Antiguos ciudadanos del imperio en Europa, Oriente Medio y el norte de África, además de pueblos mucho más lejanos, seguían y apoyaban la lucha otomana en Anatolia. Por un tiempo al menos, fue un conflicto que resonó en medio de la pugna general de los pueblos colonizados para resistir el dominio británico, francés o ruso.

Lo que resulta irónico es que el éxito de esta campaña independentista tuvo consecuencias fatales para las ambiciones del sultán y la reivindicación de su familia al trono. Cuando llegó el final, fueron los servidores más apreciados del imperio, sus generales y soldados, quienes decidieron que había llegado el momento de que el Estado otomano pasara a la historia.

Para comprender este alejamiento del imperio y del sultán, es preciso valorar la magnitud de las pérdidas presenciadas durante este periodo. Para quienes en 1918 seguían siendo ciudadanos del Imperio otomano, las adversidades y penurias formaban parte desde hacía mucho tiempo de la vida cotidiana. Lo que sucedió tras el armisticio de 1918 resultó, para muchos, aún más difícil y definitivo. La crudeza de los combates en Anatolia entre 1918 y 1922 tuvo un coste abrumador, con millones de muertos, mutilados y desplazados. Mucho más difíciles de calcular son los costes culturales y sociales derivados de ese periodo. Grandes franjas de los territorios que quedaban del imperio se quedaron vacías de gente y se destruyeron por completo comunidades que habían perdurado a lo largo de muchos siglos. Los horrores de esta época alimentaron la desilusión política que cada vez más albergaba un mayor número de ciudadanos. En 1922, los acontecimientos dejaban ya escaso margen para la nostalgia. Ya no parecía posible un imperio que encarnara una gran diversidad de credos y lenguas. Y la familia real otomana, a la que se atribuía tantos pecados, tanto pasados como presentes, acabó derrocada y repudiada. Este libro trata, en gran parte, de aclarar esa época oscura.

Es comprensible pensar que esta historia puede interesar sobre todo a los turcos. Al fin y al cabo, se trata de un periodo que incluye el ascenso del heroico fundador de Turquía, Mustafá Kemal Atatürk. Pero es más que eso; es una época que todavía se conmemora como el momento de la concepción de Turquía. La Lucha Nacional (*Milli Mücadele*), como se suele llamar a este periodo, sigue recordándose como la época más oscura y, a la vez, más esclarecedora de la historia del país. Se trata de un periodo que se caracteriza por la ocupación extranjera y una violencia indescriptible y, como tal, representa los mayores temores y humillaciones de Turquía. Pero también es el periodo de la victoria de Atatürk y sus partidarios, aclamada como un momento de salvación ganado con esfuerzo, que asentó las bases de un Estado realmente digno de admiración nacional e internacional. Sin embargo, un examen más detallado de esta época revela que la historia

tiene un alcance aún mayor. Aunque los turcos consideren los años comprendidos entre 1918 y 1922 como su «Guerra de la Independencia» (*İstiklal Harbi* o *Kurtuluş Savaşı*), este periodo tuvo consecuencias mucho más amargas para otros pueblos. Los combates de aquel periodo fueron los últimos de una serie de oleadas de violencia que casi acabaron con las poblaciones cristianas de Anatolia. Fue un periodo que se caracterizó por el auge y la caída de un movimiento para construir un Estado kurdo independiente, un objetivo que todavía hoy sigue siendo difícil de alcanzar. La caída de los otomanos repercutió también en otros pueblos y Estados más allá de las fronteras del imperio. Los sucesos de Anatolia sirvieron de catalizador para la imaginación y el activismo de diversos movimientos nacionalistas, desde Marruecos hasta la India. Para Gran Bretaña y Francia, la lucha por el futuro del sultanato otomano supuso una advertencia severa sobre el futuro de sus propios imperios. Para Estados Unidos, aquellos años fueron un curso de iniciación a la política del Oriente Medio moderno.

En definitiva, el propósito de este libro es insuflar nueva vida a un tema que suele considerarse relativamente oscuro. Es un intento de situar mejor en su contexto los acontecimientos que sirvieron de preludio a la evolución general de Oriente Medio en los siglos xx y xxi. Las tensiones documentadas en este estudio pretenden ofrecer un punto de partida sólido para comprender los problemas cruciales que siguen existiendo en el viejo mundo otomano, en especial los que se refieren a la identidad y las relaciones con Occidente. Por último, pretendo dar peso y significado a unas voces y experiencias que a menudo se pasan por alto cuando se habla del final del imperio. La caída del Imperio otomano no es sólo una cuestión turca, ni una historia que afecte exclusivamente a las tierras que gobernaba. Es una historia que condensa un momento importante en la creación de los asuntos internacionales modernos, que aún resuena en los titulares de hoy.

PREGUNTAS SIN RESPONDER: ¿QUÉ OCURRIÓ EXACTAMENTE ENTRE 1918 Y 1922?

Después de asegurar su triunfo, los líderes de la Revolución rusa estaban ansiosos por conseguir que la caída de la dinastía Románov se interpretara como una consecuencia natural de la historia. La sociedad rusa había vivido esclavizada durante mucho tiempo bajo el yugo

de los zares y la aristocracia imperial. El imperio, según las conocidas palabras de Lenin, había sido una auténtica «cárcel de los pueblos» que se extendía por toda Eurasia. La terrible situación causada por la Gran Guerra y los planes minuciosos de los bolcheviques aseguraron el fin del Antiguo Régimen. Sin embargo, en su épico relato de los acontecimientos que desembocaron en octubre de 1917, Trotski tuvo cuidado de subrayar que la revolución no había provocado un cambio instantáneo. Los asistentes del zar en el Palacio de Invierno, todos vestidos «de azul, con cuello rojo y galones dorados», seguían desempeñando sus tareas la misma mañana en la que los bolcheviques tomaron el poder. La prensa oficial también mantuvo la apariencia de que seguía controlando la situación, un acto que Trotski equiparó a «cuando a un cadáver le siguen creciendo las uñas y el pelo».⁵

Desde entonces, los historiadores han matizado considerablemente nuestra comprensión de las consecuencias de la Revolución rusa. Es indudable que la caída de la dinastía Románov provocó cambios drásticos en el Estado y la sociedad. Los pilares fundamentales del régimen imperial, como la nobleza y el clero (tanto el ortodoxo como el no cristiano), fueron desplomándose a medida que los bolcheviques consolidaron su poder en los meses y años posteriores. La ruptura de 1917 no impidió, sin embargo, que algunas cosas continuaran. Las fuerzas de Lenin siguieron reclamando gran parte del antiguo imperio ruso, aunque con el pretexto de promover la revolución entre los obreros y campesinos en todas partes. Las etapas iniciales de esta transición del poder ruso al soviético no siempre estuvieron muy definidas. Cuando el Ejército Rojo ocupó Georgia en 1921, Lenin criticó el papel de Stalin a la hora de imponer una nueva administración comunista y afirmó que en Tiflis seguían existiendo elementos del Antiguo Régimen a los que se había «ungido con un poco de óleo soviético».⁶ El desafío de rehacer el imperio con arreglo a las directrices de un Estado comunista fue más fácil cuando se adoptó lo que un especialista ha comparado, en una célebre definición, con una política general de «discriminación positiva». Antes de 1923, Moscú ya se había comprometido a desarrollar movimientos nacionales entre los numerosos pueblos de la Unión Soviética, con la esperanza de que los ciudadanos acabaran abrazando el comunismo y se olvidaran de las formas nacionalistas burguesas. «Vamos a desarrollar todo lo posible la cultura nacional —dijo Stalin—, para que se agote por completo y poder así crear las ba-

ses para la organización de la cultura socialista internacional». ⁷ Con el tiempo, el gobierno soviético se aficionó a otras supuestas características del antiguo orden imperial. La construcción de un Estado de vigilancia integral se basó en gran parte en los modelos y métodos imperiales rusos. Las experiencias, e incluso los funcionarios de la época zarista, sirvieron de inspiración para acabar con el «bandolerismo» existente entre los cosacos y los rebeldes de Asia Central. ⁸ Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, los elementos de la cultura imperial se habían rehabilitado e incluso se aplaudían. Al propio Stalin no le pareció que hubiera ninguna contradicción ideológica en producir dos películas como *Alexander Nevsky* e *Iván el Terrible*, que ensalzaban a los grandes predecesores de los Románov. Si bien después prohibió *Iván el Terrible* por las veladas críticas a su mandato, el principio de que había que conmemorar el pasado imperial de Rusia se mantuvo vigente mucho después de su muerte. Estas incongruencias, entre otras, llevaron a algunos a sugerir que bajo el régimen soviético siguió existiendo algo parecido al Imperio ruso.

Existen numerosas ambigüedades en otros casos de colapsos imperiales. En febrero de 1912, Longyu, la emperatriz viuda china, cedió a las presiones populares y consintió que la dinastía Qing abdicara. Sin embargo, el fin del dominio manchú en China no significó que el imperio que habían construido desapareciera por completo. Como en el caso de los soviéticos, los sucesores de la dinastía Qing se comprometieron a conservar los territorios que antes pertenecían al imperio. La afirmación –o reafirmación– del poder de Pekín suscitó importantes preguntas sobre el significado de la revolución que había derrocado a la dinastía imperial. Sun Yat-sen, fundador de la primera república china, pensaba que tenía motivos sobrados para seguir reivindicando los derechos de Pekín sobre el antiguo territorio del imperio. Decía que el Estado y el pueblo siempre habían estado en armonía (que, en realidad, eran «una raza») desde los tiempos de la clásica dinastía Qin. ⁹ Mao Zedong también se adhirió al principio de que el Estado chino y, hasta cierto punto, la nación, eran el fruto de varios milenios de poder dinástico. Su gobierno asumió abiertamente que la identidad china tenía un carácter multinacional, una idea que evocaba las políticas de los soviéticos e, irónicamente, las de los Qing.

Otra serie de paradojas más modestas, pero no menos llamativas, es la que ofrece la evolución de Irán a lo largo del siglo xx. A diferencia de la dinastía otomana, la monarquía iraní sobrevivió a la Primera

Guerra Mundial, a pesar de la ocupación extranjera y la violencia generalizada. Tras el derrocamiento en 1925 de la casa reinante, los Kayar, el poder dinástico continuó durante medio siglo más con la familia real Pahlavi al frente. Sin embargo, a partir de las reformas que se llevaron a cabo en los años treinta, Irán dejó de distinguirse como imperio. La decisión tomada por Reza Shah en 1935 de cambiar oficialmente el nombre del Estado de Persia por el de Irán indicó su propósito de dejar claro que lo que gobernaba era una nación-estado, en la que había un solo pueblo y una sola cultura (una postura totalmente contraria a la de sus predecesores Kayar). La renuncia oficial de Irán a su condición de imperio y monarquía se produjo mucho más tarde, cuando se instauró la República Islámica en 1979.

El final de la dinastía otomana está, como las de los Románov y los Qing, colmado de contradicciones y dilemas. No existe una explicación sencilla, por ejemplo, acerca de cuándo dejó de existir exactamente el Estado otomano. Es muy factible hablar de una combinación de fechas. Podría decirse que el imperio terminó cuando su asamblea electa aprobó una nueva constitución en enero de 1921. Con este documento, que sirvió de constitución de la República turca hasta 1924, la familia real otomana quedó oficialmente privada de todos sus poderes y prerrogativas relacionados con el Estado. Además, fue la constitución de 1921 la que implantó de manera oficial el nombre de «Turquía». La segunda fecha de la caída del imperio, y de mayor relevancia histórica, es quizá el 30 de octubre de 1922. Ese día, la Gran Asamblea Nacional Turca aprobó la abolición del cargo de sultán. Con ello, la cámara pronunció su veredicto de que «el Imperio otomano, con su sistema autocrático, ha quedado completamente desmantelado».¹⁰ Pero la decisión de disolver institucionalmente el sultanato no supuso el final definitivo del poder otomano. Dos días después de la votación, la asamblea acordó mantener las funciones de la familia real y permitió a su miembro de mayor edad ostentar el título de califa. Aunque no tenía ninguna autoridad política, Mustafá Kemal se comprometió personalmente a que un califa otomano seguiría siendo «una figura eminente y fundamental para el Estado de Turquía».¹¹ Por desgracia para la familia, la vigencia de este acuerdo duró poco más de un año. En invierno de 1924, la Asamblea Nacional decidió proclamar la república y acabar con el cargo de califa. Para entonces, ya era indudable que el Imperio otomano había llegado a su fin. La política identitaria dificulta aún más la interpretación de la caída otomana como un

hecho histórico. En términos convencionales, parece claro lo que ocurrió entre 1918 y 1922: un imperio multinacional se deshizo. En su lugar nacieron unos Estados-nación que se definían por criterios étnicos. En este sentido, el derrocamiento del sultanato otomano se parece a las revoluciones que fragmentaron el imperio de los Habsburgo. Se puede pensar que, como sucedió en Austria, Turquía fue el resultado de la consolidación de una mayoría turca en unas tierras que históricamente eran suyas. Sin embargo, esa comparación no encaja con ciertas realidades. Por ejemplo, la demografía de Anatolia había sido objeto de un largo debate en los años anteriores al armisticio. Para poder afirmar en 1918 que Anatolia era indiscutiblemente turca había que ignorar las reivindicaciones de numerosas personas que no se consideraban turcas. A pesar de lo que acabó pasando, los datos contemporáneos demuestran que había una gran confusión sobre lo que significaba exactamente «ser turco» entre la población. En 1922, los propios partidarios de Atatürk aún seguían discrepando sobre lo que significaba ese «ser turco».

El nombre de Turquía es, en sí mismo, el elemento más complejo. Durante siglos, las tierras gobernadas por Estambul nunca tuvieron un solo nombre. En el lenguaje oficial, los representantes imperiales usaban diversos nombres: los más habituales eran «Estado sublime» (*Devlet-i Aliyye*) o, un poco más tarde, «Estado otomano» (*Osmanlı Devleti*). Los extranjeros y, hasta cierto punto, los locales también llamaban al imperio «Turquía», cosa lógica dado que la lengua franca del gobierno era el turco. Para complicar aún más las cosas, «imperio» (*imparatorluk*) se utilizaba también con un sentido diferente, para referirse al Estado. No está claro cuándo y por qué exactamente empezaron los otomanos a llamar imperio al país. Por especular, podemos suponer que era una grandilocuencia propia del siglo XIX. Si otros grandes estados o casas –Gran Bretaña y los Habsburgo, por ejemplo– poseían grandes imperios, ¿por qué no iba a valer eso también para el gobierno otomano? Irónicamente, el nombre de «Turquía» también adquirió mayor resonancia a finales del siglo XIX. En esa época, los mayores partidarios de usar el nombre eran los nacionalistas, convencidos de que el núcleo o el espíritu nacional del país residía entre los musulmanes de lengua turca. No obstante, en 1922 todavía reinaba la ambigüedad: «Turquía» e «Imperio otomano» seguían siendo intercambiables y no siempre tenían una connotación étnica y nacionalista explícita. Este es el principal motivo de que los acontecimien-

tos posteriores a 1918 sean aún más complejos. En las décadas posteriores, ni siquiera los nacionalistas turcos más acérrimos tenían claro el significado de los años de posguerra. Años después de que la dinastía hubiera caído derrocada, algunos ideólogos turcos afirmaban que la república de Atatürk era una nueva manifestación del Estado gobernado por la familia real otomana. La diferencia, vista a *posteriori*, era que la república era un Estado totalmente legítimo, que se había reformado y modernizado.

Ahora bien, limitar las conversaciones de la caída de los otomanos sólo a la política sería un error. Los testimonios personales de este periodo dejan claro que los últimos años del imperio fueron mucho más dolorosos y traumáticos de lo que es el simple fin de un régimen. Desde el punto de vista social, la desintegración del orden otomano estuvo acompañada de una violencia apocalíptica. Por consiguiente, pocos testigos del final del imperio vieron los sucesos desde una perspectiva atenuada. Lo que ocurrió entre 1918 y 1922 fue, más que el desmantelamiento de un Estado, la destrucción de culturas y comunidades enteras. En este sentido, la historia del final del imperio es relativamente inclusiva. La violencia de esa época fue implacable y dejó muy pocas comunidades indemnes. En principio, esta es una historia que debe interesar e interesa a turcos, griegos, armenios, árabes y kurdos por igual.

EL FIN DEL IMPERIO OTOMANO Y EL PROBLEMA DE LAS FUENTES

Como muchos supervivientes del genocidio armenio, J. Michael Hagopian vivió el final del Imperio otomano como una época marcada por las separaciones y el abandono. Calculaba que tenía unos nueve años cuando fue depuesto el último sultán otomano. Hasta entonces, se había librado de los peores horrores que habían asolado Harput, su ciudad natal. Había sido testigo de la llegada de refugiados a los que se les había obligado a dejar sus hogares y sabía que la guerra había causado estragos en varias partes del país. Décadas más tarde, declaró que era consciente de que, por ser armenio, vivía una vida distinta y subordinada dentro del Imperio otomano. Pero también sabía que su padre, el médico más importante de la ciudad, le daba unas comodidades y una seguridad que pocos disfrutaban. A los noventa y siete años, antes de morir, Michael Hagopian dijo que no recordaba ningun-

na desgracia personal que empañara sus recuerdos del país que había dejado atrás. Salvo por una enfermedad que padeció de niño, su infancia estaba llena de buenos recuerdos. Cuando, en 1922, él y su familia abandonaron Harput para siempre, lo hicieron en la relativa comodidad de un Ford T. La oportunidad de viajar en automóvil convirtió su partida en una aventura. «[No] sentí ninguna tristeza –confesó en 2010–. La tristeza se siente ahora o después, por haber tenido que dejar mi casa».¹²

Michael Hagopian dedicó la mayor parte de su vida adulta a registrar los recuerdos de otras personas con edad suficiente como para recordar la caída del Imperio otomano. Durante sus cuarenta años de carrera, viajó por todo el mundo filmando y entrevistando a supervivientes de la violencia de la Primera Guerra Mundial y los años posteriores. En el momento de morir, había recogido el testimonio de más de cuatrocientos testigos y supervivientes. Quienes accedieron a que los filmaran eran personas de habla inglesa, turca, armenia, griega, árabe y de otros idiomas.¹³ La verdad es que la mayoría de las entrevistas son muy difíciles de ver. A pesar del tiempo transcurrido, las personas que entrevistó Hagopian seguían sufriendo por los terribles acontecimientos que habían presenciado y vivido: asesinatos, violaciones, torturas y hambre. Casi todos los que aceptaron ser filmados eran niños en el momento de la caída del imperio, un dato que no resta ni detalles ni claridad a sus recuerdos. A pesar de los actos violentos de los que muchos habían sido testigos o habían vivido, los entrevistados casi siempre iniciaban sus relatos con recuerdos sentimentales. Muchos seguían aferrándose a los cálidos recuerdos de sus hogares, barrios, pueblos, amigos y familiares. En conjunto, las revelaciones de la colección Hagopian ofrecen al espectador contemporáneo algo que la mayoría de las historias no son capaces de transmitir. A través de ellas, el imperio y su desaparición parecen mucho menos abstractos o desvinculados del presente. Ver los rostros de hombres y mujeres que en otro tiempo fueron ciudadanos otomanos, permite al espectador empatizar con ellos y con una historia que suena auténtica y real.

La colección de películas de J. Michael Hagopian es uno de los escasos archivos de historia oral que existen sobre los últimos años del Imperio otomano. El mayor y más antiguo es seguramente el que está en Atenas (Grecia). Los primeros investigadores que reunieron las entrevistas conservadas en el Centro de Estudios sobre Asia Menor lo

hicieron, igual que Hagopian, con la intención de documentar los horrores que acompañaron a la caída del imperio. La mayoría de las grabaciones, que se cuentan por miles, son bastante más antiguas que las de Hagopian; algunas datan de los años treinta. Aunque el origen y la extracción social de los entrevistados varían, casi todos los testimonios que se conservan en el Centro de Estudios de Asia Menor proceden de griegos que tuvieron que abandonar Anatolia después de 1922. El peso de esta experiencia colectiva plantea un reto similar al de las limitaciones de las películas de Michael Hagopian. El objetivo de este último era denunciar y conmemorar la campaña de genocidio contra los armenios otomanos. Las tragedias que se detallan en sus películas y otras similares son sólo las que sufrieron los cristianos. Las experiencias de brutalidades y exilio que detallan muestran, en su conjunto, una imagen muy siniestra del gobierno otomano. Aunque hay evocaciones afectuosas de antiguos vecinos y barrios, el tenor de las entrevistas es, por lo general, un poco más oscuro, suele desprender tristeza, pérdida y traición. Como consecuencia, la sociedad otomana se presenta como una sociedad claramente dividida. El final del imperio, que culminó con la expulsión casi total de los griegos y los armenios de Anatolia, fue un absoluto desastre para los cristianos. Pese a todas las penurias que sufrieron, los turcos musulmanes emergieron como los transgresores y vencedores incuestionables. Si analizamos los aspectos políticos del derrocamiento del sultán desde la perspectiva de los deportados griegos y armenios, corremos el riesgo de despojarlos de toda su complejidad. Otros documentos de historia oral tienden también a subrayar las ganancias turcas a expensas de los cristianos muertos o deportados. Los archivos del Instituto Zoryan de Toronto y Boston son relativamente extensos (ochocientas entrevistas en cinta y vídeo), pero también se limitan a los testimonios orales de los armenios que sobrevivieron al genocidio de 1915.

Contrarrestar los puntos fuertes y débiles de estas fuentes de historia oral es una tarea abrumadora. En la actualidad, salvo unos cuantos proyectos privados de pequeño tamaño, no existe un equivalente turco a los archivos de historia oral como los de Atenas y el Instituto Zoryan. Hasta la fecha, los historiadores turcos no han publicado más que un solo volumen de testimonios orales sobre los acontecimientos ocurridos entre 1918 y 1922. El libro, que incluye extractos de sesenta y cinco entrevistas, profundiza sobre todo en la historia de la ocupación griega de Izmir (Esmirna) después de la Primera

Guerra Mundial.¹⁴ La situación es todavía más desalentadora en los antiguos territorios árabes del imperio. Aunque existen varios estudios basados en entrevistas con testigos del final del imperio, ningún Estado árabe de Oriente Medio cuenta con unos recursos similares a los archivos reunidos por J. Michael Hagopian o el Centro de Estudios de Asia Menor. A excepción de la perspectiva que ofrecen los periódicos regionales, sabemos muy poco acerca de cómo vivieron el final del Estado otomano los residentes en Jerusalén, Damasco, Kirkuk, Medina y Bagdad.

Por supuesto, la falta de fuentes de historia oral no ha limitado el número de estudios sobre el final del Imperio otomano. Al contrario, en el último siglo se ha publicado una cantidad ingente de libros y artículos sobre ese periodo. La mayoría de ellos están escritos en turco y se publicaron sobre todo para el público de habla turca. Worldcat, por ejemplo, recoge más de 3.500 libros sobre la historia de la «revolución» de Turquía entre 1918 y 1922, de los que más de tres mil están impresos en turco. En esta estimación no se tiene en cuenta el gran número de memorias y artículos de prensa no especializada que también abordan el derrumbe otomano. Toda esta literatura sigue siendo, más que cualquier otra fuente, la columna vertebral de la elaboración de muchas historias populares que se escriben sobre el final del imperio. Para comprender las numerosas tensiones y lagunas de las que hablaremos en este libro, es esencial explicar antes hasta qué punto las fuentes y los libros de historia en lengua turca han llegado a dominar la narración del final del imperio.

A pesar de unos pocos relatos personales que datan de 1922 o de alrededor de aquellos años, la mayoría de las obras en turco sobre la caída del imperio se publicaron como muy pronto una década después de la Primera Guerra Mundial. Para entonces, el gobierno turco había impuesto un estricto régimen que establecía cómo debía contarse la historia. Mustafá Kemal Atatürk impuso unos requisitos que determinaban el tono en el que debía interpretarse el final del imperio. En su famoso discurso que pronunció en 1927 ante su partido, Kemal contó su propia versión de los hechos ocurridos entre 1918 y 1922. «El discurso» –en turco, *Nutuk*– exponía un conjunto de lecciones históricas y morales que cada ciudadano de la república debía aprender. Su tesis era que el imperio había cometido dos transgresiones fundamentales, lo que provocó que mereciera la desaparición. En primer lugar, el gobierno otomano no representaba realmente los intereses y aspiracio-

nes de los turcos, que, según Atatürk, constituían la columna vertebral demográfica e histórica de la nación y el Estado otomano. Por contra, Estambul, como centro de un imperio multinacional, se había dejado debilitar por los intereses de «minorías» como la griega y la armenia. En segundo lugar, la familia real, encabezada por el último sultán, Mehmed VI Vahideddin, había traicionado a la nación turca cuando cedió territorios y soberanía a los Aliados victoriosos. En lugar de dedicarse a luchar contra los franceses, los británicos y los griegos, el sultán había intentado sofocar el Movimiento Nacional de Mustafá Kemal (*Hareket-i Milliye*) con la esperanza de conservar su trono. Esas y otras afrentas provocaron que el imperio y la dinastía gobernante acabaran desmantelados y repudiados. Permitir que un heredero de la dinastía permaneciera en Turquía, ya fuera como sultán, califa o ciudadano, «nunca –insistió Kemal–, nunca jamás, sería compatible con la razón, el patriotismo o el nacionalismo».¹⁵

En los años que siguieron al *Nutuk*, la historia oficial se pulió según los criterios impuestos por la versión de Atatürk. Cuando este murió en 1938, Ankara subvencionó a múltiples organismos académicos para que embellecieran las conclusiones fundamentales de «El discurso». Uno de los principales foros dedicados a desarrollar el relato oficial fue el Instituto de Historia Revolucionaria. Fundado en 1934 en el campus de la Universidad de Estambul, el instituto patrocinó la creación de un curso oficial de Historia de la Revolución (*İnkılab Tarihi*) para explicar la importancia de la caída del imperio y sus consecuencias inmediatas. Además de respaldar la versión de los hechos de Atatürk, la «Historia de la Revolución» presenta el periodo posterior a 1918 como una lucha que enfrentó a la leal nación turca con una multitud de enemigos internos y externos. Además de las potencias europeas victoriosas, numerosos rebeldes y traidores trataron de socavar la lucha nacional turca. Los griegos, armenios, kurdos, árabes y reaccionarios leales a la corona otomana también fueron responsables del dolor y las humillaciones que sufrieron los turcos. «La revolución turca –dijo el segundo presidente de Turquía, İsmet İnönü– comenzó como una simple lucha política y militar» para liberar Turquía de la ocupación extranjera. «Pero de inmediato se transformó en una revolución fundamentalmente nacional y política contra el orden otomano».¹⁶ Dicha revolución hizo posible el ascenso de Atatürk y el nacimiento de la república reformista instaurada por él.

Todo el peso de este esfuerzo gubernamental siguió influyendo en la historia escrita mucho después de la muerte de Atatürk, en 1938. En las siguientes décadas, los que habían trabajado a su servicio siguieron fielmente las principales conclusiones del *Nutuk* cuando publicaron sus propias versiones de los acontecimientos. De hecho, la mayoría de las memorias repetían de forma explícita el arco narrativo de la «Historia de la Revolución». Las obras que ponían en tela de juicio el liderazgo de Atatürk o sus decisiones se eliminaron o se prohibieron. Mientras tanto, los primeros estudios publicados por especialistas occidentales contribuyeron a reforzar el enfoque doctrinal de Ankara sobre el pasado. Entre los primeros y principales escritores que dieron a conocer la interpretación oficial de la historia de Turquía a un público más amplio cabe destacar algunos partidarios entusiastas de la revolución de Atatürk, como el orientalista alemán Ernst Jaeckh. La publicación, en 1961, de *The Emergence of Modern Turkey*, de Bernard Lewis, contribuyó de forma especialmente importante a dar validez a la ortodoxia histórica de Ankara. Lewis, uno de los principales estudiosos de Oriente Medio en los años de posguerra, apenas cambió la versión del *Nutuk*. Su reputación como uno de los primeros historiadores occidentales en estudiar los archivos otomanos dio especial credibilidad a sus conclusiones.

Las teorías que refutan este canon histórico son relativamente recientes. Una mayor apertura de los archivos nacionales turcos ha facilitado esta tendencia revisionista. En las últimas décadas, los académicos han tenido mayor acceso al Archivo Otomano del Primer Ministro (*Ba bakanlık Osmanlı Ar ivi*), que contiene la mayor colección de documentos gubernamentales de la época imperial. La laxitud de las restricciones en torno a este archivo ha permitido un auge de los estudios otomanos en general. Y en los últimos años se ha producido una mayor comprensión de la diversidad política y social del imperio, lo que ha contribuido a ratificar el carácter cosmopolita de la historia otomana. Este nuevo enfoque ha facilitado unas perspectivas históricas que se oponen al relato tradicional de Ankara. Ahora, más que nunca, es posible valorar unas teorías sobre el final del imperio que no ensalzan exclusivamente a los turcos. En principio, la versión de los sucesos instaurada por Atatürk ya no es sacrosanta ni irreprochable.

Podría decirse que un factor que ha influido todavía más en que cambiaran las cosas son los acontecimientos políticos de los últimos años. Desde la elección de Recep Tayyip Erdoğan como primer minis-

tro en 2003, el interés popular por la historia otomana ha alcanzado un nivel sin precedentes. Ya sea por lo mucho que Erdoğan recurre a las referencias históricas en sus discursos de campaña o por la avalancha de series de televisión ambientadas en el pasado otomano, el imperio ya no suscita reacciones negativas ni condenas como las que solía haber en la época de Atatürk. Aunque Erdoğan nunca ha llegado hasta el punto de lamentar la instauración de la república, sí ha alabado en muchas ocasiones el pasado otomano como una edad de oro para Turquía y otras naciones nacidas del imperio. Asegura que fue el «excelente sistema administrativo» de los otomanos lo que durante tanto tiempo garantizó la paz en las tierras ahora compartidas por Israel y la Autoridad Palestina. «Estalló la Primera Guerra Mundial y el Estado otomano se retiró de estas tierras –afirma–. Y a partir de ese momento, esta región empezó a recordarse por la sangre, las lágrimas y la persecución».¹⁷

El renovado interés y aprecio por la historia otomana no han desautorizado en absoluto las viejas ortodoxias asociadas al *Nutuk*. Al contrario, los nuevos libros de historia revisionistas apenas han alterado el panorama educativo de Turquía. La Historia de la Revolución sigue siendo una asignatura obligatoria en todos los niveles de la educación pública turca. Desde el punto de vista doctrinal, la historia que se imparte en el curso se mantiene fiel a la versión ideada en 1934. Para muchos turcos, escapar del conservadurismo de este relato sigue siendo difícil. Parte de esta indecisión se debe a la constante deificación de Atatürk en la política y la sociedad turcas. Además de las leyes que prohíben cualquier insulto en su contra (una, aprobada en 1951), muchos turcos aún se resisten a poner expresamente en duda sus preceptos. La Asociación Histórica de Turquía, un organismo oficial que sigue controlando gran parte del mundo académico turco, contribuye especialmente a mantener viva esa reticencia cultural. Igualmente importante es lo mucho que las autoridades y los ciudadanos turcos de a pie se niegan a aceptar los relatos de las «minorías» sobre el final del imperio. Para comprender la dimensión de esa resistencia, basta con observar hasta qué punto el genocidio armenio sigue siendo un hecho no reconocido por Turquía. Según una encuesta de 2014, sólo el 9 por ciento de los turcos creía que el gobierno tenía la obligación de asumir la responsabilidad del genocidio. Una abrumadora mayoría rechazaba la idea, y casi el 24 por ciento afirmó categóricamente que el gobierno no debía reconocer de manera explícita el sufrimiento de los

armenios otomanos durante la Primera Guerra Mundial.¹⁸ Como es natural, un consenso tan amplio no puede dissociarse de la regularidad con que las autoridades del Estado han rechazado la acusación de genocidio. Ya dijo Erdoğan en una ocasión que la deportación masiva de armenios en 1915 fue «la medida más razonable que podía tomarse durante ese periodo». Los exiliados, añadió, merecían ese castigo, dados los actos de «las bandas armenias que asesinaron a las mujeres, los niños y los ancianos musulmanes».¹⁹ La insistencia de Erdoğan en la culpabilidad armenia y el sufrimiento musulmán repite un viejo tema de la historia popular turca: que no fueron los armenios, los griegos ni otras «minorías», sino los turcos, quienes más sufrieron en los años anteriores a la caída del imperio. Afirmar lo contrario es distorsionar la verdad.

Estos tabúes tan recalcitrantes han tenido consecuencias tangibles en los textos de historia sobre el último periodo otomano. Además de influir en el tono editorial de muchas obras, las susceptibilidades turcas han desencadenado feroces debates sobre la fiabilidad de las fuentes históricas. La decisión de un investigador de destacar u omitir determinados documentos según las circunstancias puede decir mucho de sus simpatías políticas. Por ejemplo, entre los especialistas académicos hay una arraigada tendencia a pensar que los archivos otomanos son la fuente de documentación más fiable sobre el final del imperio y, hasta cierto punto, dicha tendencia está justificada. Como institución que ha abierto sus puertas a los investigadores, los archivos otomanos siguen siendo un territorio relativamente nuevo y exótico. Naturalmente, toda la información que pueda extraerse de esta colección es indispensable para cualquier investigador que quiera conocer el gobierno imperial desde dentro.

Sin embargo, el uso de las fuentes otomanas ha servido como prueba de fuego en otros aspectos. En Turquía, tanto los académicos como los políticos sostienen siempre que los documentos imperiales son la voz más autorizada acerca de muchas cuestiones, en especial sobre la persecución de los armenios y otras acusaciones de violencia. Esta afirmación ha provocado enconados debates sobre la existencia de pruebas incriminatorias en los registros documentales otomanos. A pesar del trabajo de varios investigadores, numerosos historiadores turcos siguen convencidos de que los archivos otomanos no contienen ninguna prueba de una campaña genocida emprendida durante o después de la Primera Guerra Mundial. Y la acritud de este debate ha

tenido consecuencias en el uso de otros recursos históricos. Quienes niegan el genocidio suelen despreciar los archivos diplomáticos occidentales –en particular los informes consulares británicos y franceses–, que consideran irrelevantes y poco fiables. Dados los prejuicios de los que a menudo adolecen esos informes (sobre todo el desprecio por los musulmanes), es comprensible cierta cautela entre los historiadores. Sin embargo, esos visibles defectos han servido también de pretexto para defender muchos de los dogmas de la historia turca. ¿Cómo se puede confiar en esas versiones si sus autores son diplomáticos o misioneros occidentales con prejuicios tan evidentes? Lo mismo suelen decir de los testimonios de los supervivientes armenios y griegos. En lugar de aceptar la experiencia de las víctimas, las autoridades turcas y los historiadores afines al régimen alegan que esos relatos son erróneos o ficticios.

El resultado de estas tensiones es una historiografía con una serie de particularidades comunes muy notables. La historia del derrumbe otomano está contada desde la perspectiva de los gobiernos y las autoridades. La experiencia comunitaria, en particular la de la gente corriente, se minimiza, a menos que se refiera a los perpetradores, a las víctimas o a ambos. Salvo por los avances relativamente recientes, la mayoría de los estudios presentan los últimos años del imperio casi exclusivamente desde la perspectiva del nacimiento de Turquía, de tal manera que la caída del Imperio otomano no es más que el telón de fondo del espectacular ascenso al poder de Atatürk. El fin del imperio se narra como una sucesión de batallas y enfrentamientos políticos que le permitieron hacerse con el poder. A quienes lo desafiaron, sobre todo los que trataron de preservar el antiguo orden, se los suele tachar de traidores y reaccionarios. También los principales perdedores de esta contienda, es decir, el ejército griego, los cristianos expulsados y los representantes de las grandes potencias europeas, son asimismo tachados de enemigos. A pesar de la sangre y los sufrimientos que causó este periodo, el final del imperio se relata como algo sólo doloroso en parte. Como prólogo a la fundación de Turquía, se trata más bien de una historia marcada por los desafíos y los triunfos.

Este libro difiere de las historias anteriores tanto en su tono como en su contenido. Este no es un texto de historia destinado sencillamente a explicar y ensalzar la victoria final de Atatürk. Se trata, más bien, de un intento de recordar los factores políticos y sociales que conduje-

ron a la desaparición del imperio después de 1918. Desde la perspectiva del final de la guerra, el desmoronamiento absoluto del poder otomano no era inevitable. Muchos ciudadanos confiaban en que el imperio sobreviviría después del invierno de 1918, una convicción que persistió en diversos sectores mucho después de la firma del armisticio de octubre. Prueba de ese consenso fue la reanudación de los combates entre los Aliados y las fuerzas otomanas en la primavera de 1919. Sin embargo, en el transcurso de los tres años siguientes, la política sectaria fue erosionando toda huella de unanimidad entre los principales dirigentes del imperio. En 1922, se hizo claramente visible una ruptura definitiva en el seno de la élite imperial. El motivo principal fue quién debía gobernar: ¿los miembros del antiguo partido gobernante –los Jóvenes Turcos– o los que se habían opuesto a ellos desde la Gran Guerra? Quienes movilizaban los dos bandos eran dos personajes sobresalientes, Mustafá Kemal Atatürk y el sultán Mehmed VI. Paradójicamente, a pesar de sus profundas diferencias, ambos manifestaban su deseo de preservar el Estado otomano (de una u otra forma). Sólo en las postrimerías del conflicto, cuando la derrota aliada parecía prácticamente segura, se empezó a pensar abiertamente en la disolución del imperio.

En medio de los combates que marcaron los últimos años del imperio se desencadenó una lucha más profunda, que no estaba determinada por un único momento o enfrentamiento. Desde principios del siglo XIX, los ciudadanos habían luchado con la cuestión fundamental de qué significaba ser otomano. Desde el punto de vista oficial, ser otomano se había definido durante mucho tiempo en términos relativamente inclusivos. Cualquiera, independientemente de su lengua o su credo, podía considerarse patriota otomano siempre que mostrara su lealtad al sultán y su devoción por el *vatan*, la patria. En realidad, la vaguedad de estos términos dejaba insatisfechos a los nacionalistas de diversas tendencias. A finales de 1918, la cuestión de qué significaba ser otomano alcanzó un momento crítico de catarsis. En opinión de muchos ciudadanos, la guerra había acabado con la posibilidad de reconstituir una sociedad capaz de albergar pueblos de distintas religiones. En una época en la que habían caído antiguos imperios y estaban surgiendo nuevos Estados-nación, la retórica de la identificación nacional con el imperio comenzó a cambiar, aunque lentamente. Fue entonces cuando empezó a tomar forma la idea de Turquía como Estado-nación. Si bien el significado de «lo turco» seguía siendo impreciso, el apelativo «oto-

mano» se fue abandonando poco a poco. En lugar de como un imperio, «la nueva Turquía», como se la denominó, se concibió siguiendo el ejemplo de otros Estados nacidos en la posguerra. La base esencial de ese cambio fue la creencia de que el futuro del país estaba en manos de una mayoría demográfica dominante de «musulmanes y turcos». Todos los demás residentes en el Estado, ya fueran árabes, armenios, griegos o kurdos, debían aceptarlo o marcharse.

La lucha por el destino del imperio ejerció su influencia mucho más allá de las fronteras de la República turca. Numerosas personas que habían sido ciudadanos otomanos, incluidos los pueblos de Oriente Próximo, los Balcanes y el Cáucaso, se mostraron dispuestos a luchar en nombre del imperio hasta mucho después de 1918. Durante un tiempo, algunos propusieron incluso restablecer un territorio parecido al mapa imperial de antes de la guerra. Para muchos otros, ya no había vuelta atrás. Los acontecimientos ocurridos después de 1918 fueron el punto de inflexión y el pretexto para reclamar la independencia o mayores derechos nacionales. En el resto del mundo, los aspirantes a revolucionarios de Europa, Asia y África tenían una visión más ennoblecida de la política otomana durante la época del armisticio. Desde su punto de vista, la lucha por restaurar la soberanía del gobierno del sultán era un reflejo de sus propias aspiraciones de resistir frente al imperialismo europeo. Las autoridades de París y Londres también eran conscientes de las implicaciones más amplias que tenía la lucha por el futuro del Imperio otomano. Por mucho que la Gran Guerra hubiera aumentado las posesiones territoriales de Francia y Gran Bretaña, los estadistas de ambos países reconocieron rápidamente que había límites en cuanto a su capacidad de imponer su voluntad en las tierras otomanas. Para muchos occidentales, la reanudación de la guerra en Oriente Medio era un síntoma de la intervención de fuerzas más siniestras, como el comunismo y el fanatismo islámico.

La historia que se cuenta en este libro se centra más en las personas y los lugares. Pocos estudios sobre los años posteriores a 1918 se adentran en las experiencias de quienes no eran generales o grandes estadistas. Y son aún menos los que intentan destilar esta historia teniendo en cuenta la diversidad de las comunidades del imperio. Contar la caída del imperio sin tener en cuenta las condiciones locales es, en última instancia, un flaco favor a la riqueza de la experiencia otomana en su conjunto. Este trabajo pretende abordar la dinámica social que rigió aquellos últimos años, con la esperanza de ir más allá de las banalida-

des de documentar batallas y matanzas. Los documentos históricos disponibles, incluidos los relatos personales como los de la colección Hagopian y otros, permiten incorporar una perspectiva más amplia sobre el significado del fin del imperio. De esa forma podremos aclarar las cosas más tangibles que se perdieron con la caída del imperio.